

túnyan en hábito. Sería un gran beneficio y una inapreciable fuente de bienestar y riqueza su enseñanza a todos, de modo general, pero principalmente a la mujer que es la reina del hogar.

Así se ha comprendido en Alemania y en Suiza, donde la enseñanza casera, como suele llamarse, va tomando grande importancia hasta tal punto que, según nos dice el eminente profesor francés, Carlos Gide, se da una enseñanza teórica y práctica en la cual las cocinas han llegado hasta a sustituir a los laboratorios.

Siendo así que la economía privada es un arte y una virtud y que es conveniente para nuestro bienestar introducirla en las costumbres, procedo a determinar brevemente en qué consiste ella, cuáles son los medios de adquirirla, cuales los enemigos que se oponen a que prospere en nosotros y en qué consiste sus ventajas.

Medios para adquirir la economía 1ª instrucción.

Han dicho algunos expositores y, entre ellos el conocido Samuel Smiles, que la economía no es un instinto natural sino producto de la experiencia, del ejemplo y de la previsión. No he participado yo de ese concepto y creo, por el contrario que la economía está en la naturaleza, la gran maestra que nos puso Dios para guiar nuestros pasos en la vida.

¿No es verdad, que era conveniente al orden universal que el hombre rey no careciera de un instinto con que dotó Dios a la hormiga, ser infinitamente inferior?

Y no es cierto también que la economía privada o pública no es otra cosa que el ejercicio del instinto natural de conservación del individuo, de la especie y de la sociedad?

La economía es, pues, en mi humilde concepto un instinto natural, tenue y apagado en el hombre salvaje; y susceptible de cultivo y desarrollo mediante la educación. Por eso cuando los hombres llegan a ser sabios y prudentes, se hacen frugales; de ahí que para hacer previsor al hombre sea necesario instruirlo, pues mediante la instrucción se desarrolla la facultad natural de la previsión.

La previsión de las necesidades futuras induce a gastar lo menos posible en las necesidades actuales y formar con lo que sobra un fondo de reserva; esto constituye la operación del ahorro.

El ahorro en qué consiste

Se entiende por ahorro el arte de satisfacer las necesidades de la vida consumiendo lo menos posible, es decir, sacando el mejor partido de las materias primas o del dinero. Es este concepto general del ahorro una aplicación práctica del principio hedonístico que consiste en procurarse el máximo de satisfacción con el mínimo de sacrificio.

Esta forma del ahorro tiene especial importancia en la economía nacional porque repetida en todos los actos del consumo individual da un total enorme y puede representar una notable porción de los ingresos nacionales. Se suele citar como ejemplo para ilustrar este punto el derroche de los norteamericanos en su consumo y no ha faltado quien pretenda que ese mismo derroche constituye el secreto de su actividad productiva; pero aunque esto sea cierto también lo es que de esa actividad no deducen sino una suma de bienestar inferior a la que debiera corresponder a la enormidad de sus salarios y de sus ingresos.

En cambio, merced a una prudente economía, la familia francesa, cuya fama es proverbial por esta razón, puede vivir con recursos que serían muy reducidos para los norteamericanos.

Otro sentido de la palabra ahorro La palabra ahorro tiene también otro sentido: según éste, el hombre en vez de satisfacer sus necesidades presentes piensa en sus necesidades futuras, las siente con la misma intensidad que si estuvieran presentes; y, según gráfica locución popular, "aparta algo" para el día de mañana o para su vejez o para su familia lo cual implica ya la previsión.

Aunque el ahorro es, según lo dejo expuesto, resultado de una función natural, no afirmo que se realice por sí mismo y espontáneamente. Es menester, al contrario, para su efectividad un conjunto de condiciones difíciles de llenar.

Disposiciones subjetivas para ahorrar; 1º la previsión

Primeramente exige una condición subjetiva, es decir, que está dentro de nosotros mismos, a saber: la *previsión*, que consiste en sentir la necesidad futura como si fuera presente. Quien quiere ahorrar debe poner en los platillos de una balanza dos necesidades: una presente a la que debe negar satisfacción; otra futura a la que quiere asegurar satisfacción. De un lado se ve impedido por el pensamiento del sacrificio que se debe imponer; de otro se ve solicitado por la ventaja que espera del ahorro. Su voluntad oscila entre estas dos fuerzas antagónicas y se determinará finalmente en el sentido de la que sea más poderosa en su ánimo. La necesidad presente, como se ve, es una realidad pues la sentimos corporal-

aunque disimuladamente, desde que empecé a oír la conversación, no percibí el fin de la frase. Fingíendome muy espantado por la presencia de un gozque que salió de la venta a ladrarme, tomé el galope, y, pasada una revuelta del camino, el galope se convirtió en carrera: Por una vereda, volví al camino que había seguido primero y comencé a andar por él en dirección opuesta a la anterior; y, palpitándome violentamente el pecho, de miedo y de satisfacción, llegué a un punto que con Geroncio había frecuentado mucho, y de donde podía ir en derecha a Hatónuevo.

Dulces afectos y risueñas esperanzas Me apresuro, llego a una eminencia, y me detengo a respirar. Allí está la casa. . . . Ahí estará mi amo, mi buen amo, que estuvo dispuesto a sacrificarse por mí,

exponiéndose a almorzar con una pira de patanes inmundos. . . . Mas allá está el Paisaje. . . . Columbro unos bultos. . . . Si serán unos bueyes. . . . Si, serán mi Morgante y mi Merengue. . . . Siento como un aire fresco y sabroso que me llena los pulmones, que se difunde por todo mi cuerpo y lo llena de vida nueva. . . .

¿Pero qué veo por este otro lado? . . . Vienen tres hombres de a caballo. . . . ¡Si uno de ellos fuera el Maldito! . . . No; dos son más pequeños, el otro es como él, pero ese no es su sombrero te gacho. . . . Sin embargo y creo que me miran mucho; Ah! el uno es Cantalicio, su satélite inseparable. . . . ¡Maldición! ¡Es el Tuerto con un sombrero de castor! . . .

En la puerta de Hatónuevo Corro, y corro, y corro. Me detengo un instante para mirar hacia atrás, y veo que mis perse-

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 30

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un pótro sábanero.

CAPITULO VIII

Oigo un diálogo alarmante

—¡Si será éste, decía el uno, el caballo que me encargó D. Lucio?

—¿De qué color dijo que era?

repuo el otro.

—Dijo que era moro.

—¡Ah mathaya un rejoy, para cogerlo y ganarle a D. Lucio unas buenas albricias!

—¡A D. Lucio sí que le cogería Ud. albricias! Me las como en . . .

Continúo mi viaje

Como yo había apretado el paso,